

El 16 de mayo, 2021

Penelope Bridges

Es un milagro de las ciencias modernas que podamos corregir los problemas de visión. Soy miope y como envejezco mi prescripción de lentes se vuelve mas complicada. Hoy en día llevo dos diferentes prescripciones, lente uno para leer y lente dos para la distancia. Mientras me abro los dos ojos, puedo funcionar bien en ambas dimensiones. Nuestros cerebros son asombrosos.

Cuando leemos los Evangelios, los leemos como si en dos lentes distintas: Con lente uno estamos en la historia con Jesús y los discípulos, hoy imaginándonos en el cenaculo el jueves santo. En lente dos sabemos que estamos al otro lado de la resurrección, 2000 años después, viviendo en la comunidad de la iglesia, celebrando la Pascua cada domingo, tratando de vivir según a las enseñanzas de Jesús, esperando su segunda venida. Hoy tenemos una tercera lente para confundirnos más: estamos en el momento del año de la iglesia entre la Ascensión del jueves pasado y el Pentecostés el domingo que viene.

Estas lentes crean una mezcla confusa de emociones.

En lente uno estoy tensa por el sufrimiento que Jesús va a experimentar.

En lente dos estoy feliz porque él ha resucitado y somos el pueblo de la Pascua, celebrando nuestra redención

En lente tres trato de entender la Ascensión y estoy preparando para una nueva temporada que viene.

Y además, si recuerdo la lectura de los Hechos de los Apóstoles, estoy allí con los discípulos en el cenáculo, después de que Jesus los haya abandonado otra vez, no sabiendo que el Espíritu Santo está a punto de descender en ellos.

Esta mezcla de sentimientos refleje la vida real: se asemeja al punto en que nosotros a menudo estamos, especialmente en este momento.

Vemos el fin de la pandemia, y estamos alegres de haber sobrevivido y de poder adorar en persona y reunirnos con nuestros amigos.

Lamentamos la pérdida de millones de personas debido al virus, incluyendo algunos queridos, y el sufrimiento de la pandemia.

Estamos agotados por la vigilancia y los cambios constantes.

Estamos ansiosos por salir y por estar en una multitud, preguntándonos siempre si deberíamos llevar una masquarilla.

Y nos preocupamos por los cambios potenciales en el mundo después de la pandemia.

¿Quién o qué nos ayudará a dar sentido a esta confusión? Empezamos con el Evangelio.

Esta parte del evangelio de San Juan se conoce como el discurso de despedida. Es una larga lección que Jesús comparte con los discípulos, la noche antes de su muerte. Ellos no saben que lo se arrestarán y matarán, sino él sabe. Por eso, estos capítulos contienen todas las cosas importantes que quiere que ellos sepan, antes de su despedida.

Si alguna vez has perdido a un querido, quizás podías tener una conversación final, un discurso de despedida, una oportunidad para decir las cosas importantes, uno a otro. Cuando murieron mis padres, cuando murió mi marido, no tuve esa oportunidad, sino cuando mis suegros queridos se acercaron al fin de sus vidas, pude decir lo que significaron para mí. Me ayudó en mi duelo.

Entonces, Jesús toma esta última oportunidad para decir a los discípulos, y a nosotros, lo que significan para él. En primer lugar, él les lava los pies. Parte el pan con ellos. Les dice del Espíritu Santo que vendrá después de su salida. Les dice que él va a irse. Y ruega esta oración larga que se conoce como la oración sacerdotal. Yo siempre he luchado con esta parte del Evangelio: el idioma es complicado y difícil de seguir. Pero, para nosotros que buscamos significado en este momento, tiene un mensaje importante.

Jesús dice al Padre: “He manifestado su Nombre a los hombres, hablo de los que me diste, tomándolos del mundo.” La vida de Jesús nos enseña del nombre verdadero de Dios, el YO SOY que creó el cielo y la tierra. Ese nombre es el AMOR, el amor que se da por sí mismo, que se pone de rodillas y lava los pies, que comparte la mesa y parte el pan con cada ser humano triste y roto.

Jesús ora que los que viven según a sus palabras sean protegidos en un mundo inseguro. El Espíritu Santo es la presencia constante entre nosotros; nos guía para proclamar valientemente la buena noticia del evangelio, quitándonos el miedo, como crecemos hasta alcanzar la madurez de la plenitud de Cristo.

Jesús describe el gozo de pertenecerse a esta comunidad de amigos, de personas que se atreven a hablar la verdad en amor, incluso cuando el mundo resiste la verdad y el amor; y pide que Dios guíe esta comunidad en el camino de la verdad, el camino de la vida eterna.

Los últimos versículos de la oración no son parte de nuestra lectura de hoy. En ellos extiende Jesús su oración desde los discípulos hasta todos que le creerán por la palabra que los discípulos van a decir. Pide que ellos que le seguirán sean uno, como él y el Padre son uno. Sabemos esta petición en nuestro rito de bautismo, cuando empezamos con un solo Señor, una sola Fe, un solo Bautismo, un solo Dios y Padre de todos. Y termina con algunas palabras de amor sobre sus amigos: “Yo les he dado a conocer tu Nombre, y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me amas esté en ellos y también yo esté en ellos.”

Termina en el lugar en que empezó, con amor. Y entonces, sale para encontrar su muerte.

La historia de los Hechos se retoma más tarde, después de la crucifixión y la resurrección, después de los cuarenta días en que el Cristo resucitado se reunió con sus amigos, después de la Ascensión. Jesús los ha abandonado otra vez, otra vez están los discípulos afligidos y miedosos. Sin embargo, como siempre después de una pérdida o un desastre, ellos preparan a recoger los

pedazos y seguir. Trabajan en el confuso del momento para restaurar su comunidad, para reparar lo que se ha roto, para prepara para lo que sea que va a pasar .

Porque se quedan fieles, porque se permanecen juntos a pesar de la confusión y el miedo, lo que va a pasar es lo que vamos a celebrar el domingo que viene: el fuego vivificante y inspirador del Espíritu Santo, que los empujará en el mundo para que proclamen el mensaje de Jesús hasta los extremos de la tierra, encendiendo un fuego del amor valiente que se aumentará, extendiendo a través de los siglos y del mundo, incluso hasta nosotros aquí, hoy, mientras nosotros mismos preparamos a recoger los pedazos y seguir, confiando que donde Jesús ha ido, allí también nosotros, en el final, seamos bienvenidos. Oremos.

Oh Dios, Rey de la gloria, que con gran triunfo exaltaste a tu único Hijo Jesucristo a tu reino celestial: No nos dejes desconsolados, más envíanos tu Espíritu Santo para fortalecernos y exaltarnos al mismo lugar, adonde nuestro Salvador Cristo nos ha precedido; quien vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, en gloria eterna. **Amén.**